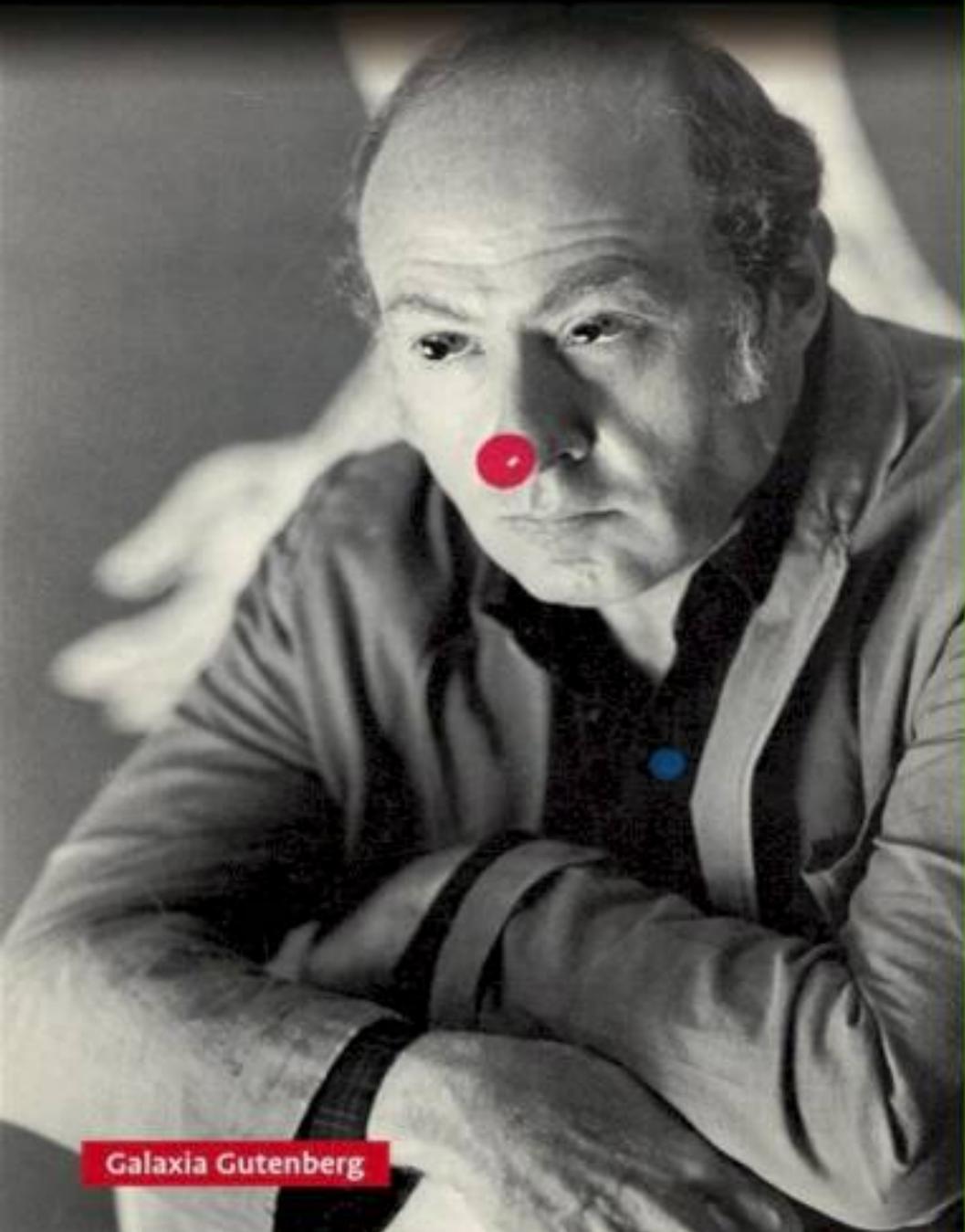


Eduardo Arroyo
Bambalinas



Galaxia Gutenberg

© Kike Palacio

Eduardo Arroyo

Nacido en Madrid en 1937, Eduardo Arroyo cursó estudios de Periodismo hasta que, en 1958, se exilió en París, donde inició su formación como pintor. En 1960 participó en el Salón de la Joven Pintura en el Museo de Arte Moderno de París, y sólo un año más tarde, expuso su obra en la galería Claude Levin, además de colaborar con pintores como Gilles Aillaud y Antonio Recalcati y ser uno de los principales impulsores del movimiento artístico Figuración Narrativa. Dotado de una excepcional capacidad narrativa, aporta una mirada irónica, fresca y polémica a la historia de España durante el franquismo, uno de sus temas recurrentes junto al del exilio. Escenógrafo, dramaturgo y autor de textos como *Sardinas en aceite*, *Panamá Al Brown*, *Bantam*, *Al pie del cañón*. *Una guía del Museo del Prado*, *El Trío Calaveras* y *Minuta de un testamento*, en su trayectoria como ilustrador destacan sus trabajos para obras de Juan Goytisolo y Zorrilla, además de las ilustraciones para la edición de *Ulises ilustrado* de Círculo de Lectores (1991) y la Biblia de Galaxia Gutenberg (2004). Eduardo Arroyo recibió el premio Nacional de Artes Plásticas en 1982 y, al año siguiente, fue nombrado Caballero de las Artes y las Letras de la República Francesa. Ha sido comisario, junto a Fabienne Di Rocco, de una exposición titulada *La oficina de San Jerónimo* (septiembre 2015-marzo 2016) en Casa del Lector, Matadero, en la que explora las relaciones entre pintura y literatura.

«La realidad es infinitamente más preocupante que la ficción y nos atemoriza [...] La ocultación, lo no visible, lo invisible, forman parte de mi pan de cada día. Vivo con la obsesión invasiva de enmascarar a todo bicho viviente, a rostros conocidos y desconocidos. El disfraz no es sólo atributo de los animales racionales, y si no que se lo pregunten al camaleón y a la culebra. Los objetos también se disfrazan, se ocultan y juegan al escondite con nosotros, fantasmearando [...] E incluso nuestra casa puede llegar a ser un disfraz.»

Entre bambalinas, Eduardo Arroyo nos narra escenas aisladas de su vida en las que sus compañeros de viaje y él mismo, semiocultos con sus máscaras, antifaces y travestismos, comparten espacios de soledad y compañía. «*Robinson Crusoe* marcó mi vida de forma definitiva y me indicó tanto el buen como el mal camino. El bueno: la delicia de estar solo. El malo: el no estar acompañado.»

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2016

© Eduardo Arroyo, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Imagen de portada: © Eduardo Arroyo

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-87-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«¿Y si esto fuera Meliúkova? Aún resulta más extraño que después de andar a la aventura hayamos llegado a Meliúkova», pensaba Nikolái.

En efecto, estaban en Meliúkova; varios domésticos aparecían ya en el portal con bujías encendidas y caras risueñas.

–¿Quién es? –preguntó alguien desde la escalera.

–¡Disfrazados de la casa del conde! Los conozco por los caballos –respondió otra voz.

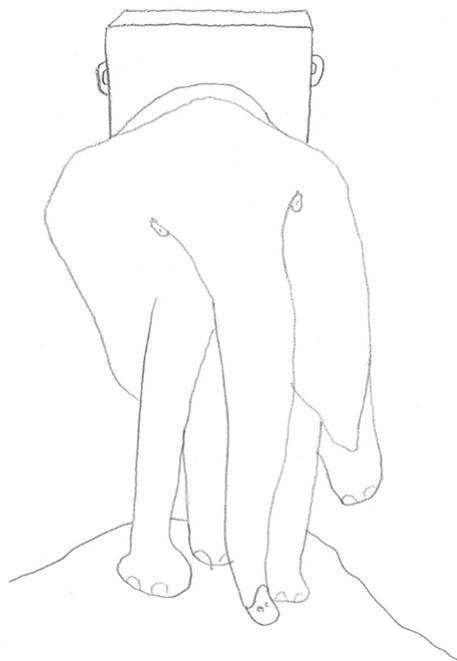
LEV TOLSTÓI, *Guerra y Paz*

Presentación

Bambalinas es el producto de lo que yo llamaría una literatura del vagabundeo, del deambular, una escritura que se complace en saltar de un tema a otro, en un desorden aparente, en el corazón de lo que podría parecer una incoherencia pero que en realidad va construyendo una singular coherencia. Soy pintor y la pintura impregna mi escritura, que es, por lo tanto, visual, aunque sin ser por ello descriptiva. Peregrino por mis recuerdos, que se mezclan, se entrecruzan, terminan en retratos. Este libro se parece a los dos anteriores, *El Trío Calaveras* y *Minuta de un testamento*, pero aquí ya no se trata exactamente de memorias o de una autobiografía; este texto viene marcado por mi constante interés por el travestismo y la máscara. Por otra parte, noto que todo el mundo aparece cada vez más enmascarado: en la televisión y en las manifestaciones públicas o políticas surgen las máscaras por doquier. Acaso *Bambalinas* no trate de otra cosa.

EDUARDO ARROYO,
diciembre de 2015

El elefante de Kubin



En mis memorias cuento una escena soñada, la de mi funeral al que acudía un elefante gigantesco, muy parecido al proboscídeo grabado por Kubin, que cargaba en sus lomos un baúl de metal donde estaban guardados mis libros. Recién incorporado, yo lloraba dentro de mi tumba mirando de frente hacia la colina. ¡El elefante me traía mis libros! No podía traerlos todos, por supuesto, pero sí una selecta parte de los que a mí me gustan, de los que por nada del mundo me olvidaría, de los que amueblaron mis noches de

insomnio. En medio de tanta emoción, comprendí que me enterraban al lado de mis volúmenes preferidos, cuya presencia me apaciguó enseguida. Me acosté de nuevo, apoyando la coronilla en *Robinson Crusoe*, el ejemplar que me acompañaría en el más allá, el que a modo de pasaporte pasaría conmigo la frontera, la frontera de la expiración.

Me agrada pensar que se pudiera cruzar las fronteras saltándose a la torera aduanas, fielatos, check points, hojas de ruta, puestos de policía, torretas, fosos y demás muros, mostrando, en lugar de los consabidos Documento Nacional de Identidad, pasaporte, salvoconducto, título de viaje o demás zarandajas, simplemente un libro. Y como lo importante desde mi punto de vista es que para pasar de un país a otro se enseñase un libro, bastaría uno cualquiera; pero claro, no un libro de cabecera sino un libro de viaje. Tampoco sería indispensable que se tratara de viajes parecidos a las expediciones emprendidas por el gran Tamerlán, ni que se hablase de nomadismo; bastaría con un libro abierto en el que, por falta de tiempo, aún no se hubiese llegado a la palabra «fin».

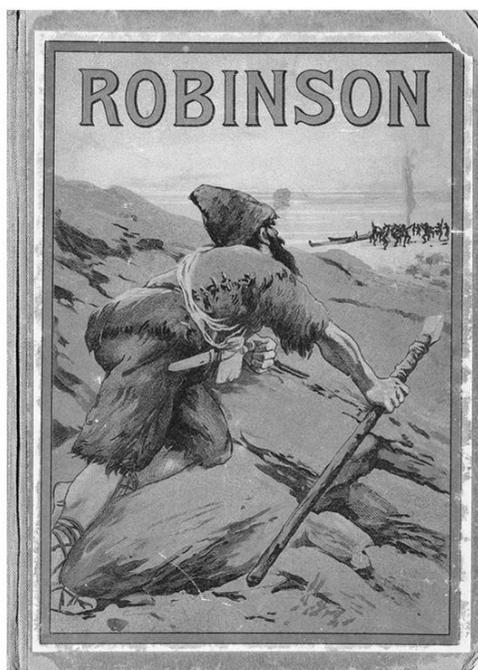
La novela *Robinson Crusoe* marcó mi vida de forma definitiva y me indicó tanto el buen como el mal camino. El bueno: la delicia de estar solo. El malo: el no estar acompañado. Se trataba de un ejemplar –repito– de *Robinson Crusoe*, publicado por Ramón Sopena Editor, Provenza 93-97, Barcelona, y digo Barcelona puesto que por aquellas fechas de mi infancia todos los Robinsones en lengua castellana, *El Robinson de la Guayana*, *Los Robinsones Vascos*, *Los Robinsones de los Hielos*, *La escuela de Robinsones*, *El Tío Robinson*, *Robinson no debe morir*, *El Robinson del Himalaya*, *La vida secreta de Robinson Crusoe*, *Las locas aventuras de Robinson*, *Las locas aventuras del verdadero Robinson*, *El Robinson Suizo* (volveré a hablar de Suiza) pasaban indefectiblemente por la capital catalana. Pues repito, mi volumen, *Aventuras de Robinson Crusoe* de la Biblioteca para niños, printed in Spain [sic], MCMXLIII, venía ilustrado con 55

grabados. Desde las primeras líneas comprendí que el libro era mío:

[...] Un día que mi madre parecía estar más contenta que de ordinario, llamándola aparte, le dije que mi pasión de ver el mundo era tan irresistible que me incapacitaba para emprender carrera alguna, que había resuelto firmemente poner en práctica mi ilusión y que mi padre obraría con más tino dándome su consentimiento que obligándome a alejarme en contra de su voluntad.

Las circunstancias no obligaron a mi padre a que me diera su permiso para alejarme; Juan González Arroyo murió joven y no tuvo tiempo para pronunciarse sobre el sí y el porqué de mi vuelo. No pudo tampoco adivinar el trato tortuoso que he mantenido hasta ahora con las islas. Y es que para mí no representan la exaltación del viaje sino una experiencia necesaria que se mueve entre la aceptación y el rechazo.

Islas



Corfú con P.; Skyros con Karl Flinker; Margarita con Andreu Alfaro y Monjalés; Isla Mujeres con Gilles Aillaud y Antonio Recalcati; Cuba; Capri con el bar del hotel Quisisana; Belle-Île y Porquerolle; Elba y Procida; Seychelles con Francis Biras; Sicilia, Cerdeña... Encerrado en aquellos lugares apartados yo era una presa fácil para el miedo; me asustaba el hecho de no poder coger a mi antojo un tren o un coche para desaparecer y fugarme de aquellos problemáticos paraísos. Caía en la inquietud y el deseo de retorno. En el

momento de pisarla detesté la isla de Corfú. No soportaba su geografía ni sus habitantes, demasiado italianos para ser buenos griegos. El día en que suicidaron a Marilyn Monroe mientras P., sonriente, se desperazaba al sol, yo remaba en un bote de alquiler aunque nunca me gustó remar ni tampoco arrimar mucho el ascua a mi sardina. En el mismísimo instante en que el sol estaba en lo más alto, comprendí la inutilidad de aquel viaje y empezó, como una fulguración, el principio del fin con P.

Isla Margarita, isla de San Andrés (Colombia), al norte de Venezuela, con M. G., con Doro y Andreu, con Rosario y Monjalés. Mi amigo Echevarría nos había prestado una lancha de pesca y, aunque no pescamos nada, tampoco me importó el pobre resultado. En el Caribe, cuando afirmas que te gusta la pesca, todo el mundo piensa que quieres capturar peces vela de color azul y tiburones de alto tonelaje, y no es así. Es imposible izar a bordo los peces de más de treinta kilos y siempre tendrás a tu lado a un individuo con una lata de cerveza en mano que, después de verte exhausto y sudando la gota gorda, te arrebatará sin miramientos el sedal en cuanto se dé cuenta de que tu objeto del deseo ha picado y se va aproximando a la embarcación. En ese momento, verás cómo los demás se regocijan de que tu presa suba a bordo mientras tú, confuso, miras hacia otro lado. No me gusta la pesca en el Caribe; lo que a mí me gusta de verdad es el pez del Mediterráneo, aquel que pescado por mí raramente excede los 400 gramos. Una vez capturado, no se te resistirá en absoluto, lo subirás a la embarcación y tú mismo, con tus propias manos, liberarás el anzuelo de su boca y lo depositarás con sumo cuidado en el cubo de plástico, de forma que los otros desgraciados que coletean en el fondo no se sientan demasiado solos.

Positano: la recuerdo con deleite –aunque en los mapas oficiales no se trate de una isla– cuando el sol se iba haciendo más tenue y la luz comenzaba a bajar; entonces era cuando yo salía a pescar con mi amigo el ferretero, apoda-

do Il marchese (el marqués) por su digno porte aristocrático, y volvíamos a las tres o a las cuatro de la tarde del día siguiente. Comprábamos las anchoas frescas en pleno mar, acercándonos a los barcos industriales que las pescaban sirviéndose de sus descomunales redes y de sus faros inquietantes que perforaban la superficie salada. Después, en la oscuridad de la noche, las íbamos colocando anzuelo por anzuelo entre boca y ojo. Esperábamos en silencio el lento amanecer mientras el agua se iba tragando nuestros hilos, confiando –yo tenía confianza en él– en que la pesca fuera fructífera. El marqués sabía perfectamente lo que se traía entre manos y su destreza nos ofrecía una espléndida dorada o una bella lubina de más o menos un kilo que terminaba cayendo en la cazuela a nuestro regreso. Aunque las maderas de aquella cáscara de nuez con su motor fuera borda de 20 caballos me rompían los riñones, año tras año se repetían aquellos días con el marqués, mi amigo constantemente atento a las señales que le daba el horizonte, días que me llenaban de alegría y de ganas de vivir.

Isla Mujeres: en aquel viaje, rastreeé con Antonio y Gilles la traza de Malcolm Lowry, allá por 1967. Cansados de las aventuras de la noche anterior y de adentrarnos en la maleza para ver ruinas, preferíamos meternos en un destartalado cinematógrafo a la hora de la siesta para ver, medio dormidos, *Río Bravo* por enésima vez.

Cuba, La Habana: ese mismo año de 1967, Carlos Franqui nos invitó a Gilles, a Antonio, a mí y al Salón de Mayo (que cada año tiene lugar en París). Allí hicimos el *Mural de la Habana*, una pintura colectiva de más de cincuenta metros cuadrados ejecutada en una sola noche. Pero el tiempo se perdió y se truncaron rápidamente las esperanzas. Todavía no me había dado cuenta de que lo único libre en Cuba era la barra, que no es poco. Tumultuosa relación con N. y con S. Tumultuosa relación con una imposible revolución. Como reseñaba Michel Leiris en su diario a propósito de la idea de revolución:

15 de julio-7 de agosto. Cuba:

«La revolución va deprisa...» (decía Carlos Franqui). Si es así, ¿cómo puede una obra que madura lentamente ser revolucionaria?

Para ser simplemente revolucionaria, una obra debería:

–Ser ejecutada rápidamente (para no ir retrasada con respecto al acontecimiento, incluso a la fase, y porque la ejecución rápida es la única que puede conservar su frescor al acontecimiento);

–Ser mordaz en la forma (de manera que impacte, incluso que inquiete);

–Romper con el academicismo (pues importa, con el fin de agudizar su conciencia, llevar al lector fuera de los senderos trillados);

–Ser independiente de las consignas (pues cualquier sometimiento sólo puede restarle vehemencia).

A todo esto pudiéramos añadir lo que escribió Cocteau mientras trataba de desintoxicarse del opio: «La pureza de la revolución puede mantenerse quince días».

Isla de Capri, donde Curzio Malaparte aprovechó una cavidad oculta en una roca, en medio del bosque que circunda su espectacular casa al lado de los Faraglioni, para esconder el manuscrito de *Kaputt*. Y Nápoles ya se va alejando:

–Bueno, también en Nápoles hemos combatido a las moscas, es más hasta les hemos declarado la guerra. Tres años llevamos haciéndoles la guerra a las moscas.

–Entonces, ¿cómo puede ser que haya tantas moscas en Nápoles?

–Y yo qué quiere que le diga, señor, ¡han ganado las moscas!¹

Pero volveré a hablar de este libro.

Isla de Elba. Naturalmente napoleónica. Malos recuerdos ¿Para qué insistir en ellos? Los presos esposados y encadenados embarcaban en el puerto de Génova para la penitenciaría de la isla y quedaban a la vista de todos los viajeros.

Isla de Belle-Île, donde murió Klaus Michael Grüber. En el Báltico con D., la isla de Rügen que Hitler había transfor-

mado en un sorprendente lugar de veraneo para su clase obrera construyendo un conglomerado de viviendas de doce kilómetros de largo, a pocos metros de la playa: un parapeto frente a las costas de Polonia. A pesar del estrecho de Mesina considero a Sicilia una isla con todas sus consecuencias. Incluso puedo afirmar que Sicilia es un continente rico en todo. Primeros viajes para ver calaveras, primeros encuentros con Leonardo Sciascia, el único italiano que sabía quién era Ángel Ganivet. Aquí he de recordar las líneas que escribió para mi exposición de 1978 en la Galerie Karl Flinker, 25 rue de Tournon en París:

Ángel Ganivet se tira al Dvina. Inmediatamente, ante este gran lienzo de Arroyo, antes incluso de que el ojo vea el trágicamente irrisorio símbolo del pingüino, lo asalta a uno la sensación del hielo cortante, como si uno estuviese dentro de ese diminuto golfo en el cual una costra de hielo se resquebraja y se abre bajo el peso del cuerpo que se tira hacia ella (e intuimos que se volverá a cerrar intacta por encima del cuerpo del ahogado). Luego nos viene a la mente un pensamiento del mismo Ganivet en la primera de sus cartas a Unamuno que componen *El porvenir de España*: «Si usted suprime a los romanos y a los árabes, no queda de mí quizás más que las piernas; me mata usted sin querer, amigo Unamuno». Y he aquí que de Ganivet suicidado en las heladas aguas del Dvina, sólo quedan en el cuadro de Arroyo las piernas. Suicidado pero en realidad muerto por un norte aún más al norte que el de Unamuno. Tanto más al norte en términos geográficos por cuanto que para Ganivet el norte comenzaba con la España de Unamuno, aquella España en la que terminaría por morir de mala manera el mismo Unamuno, con su propia agonía (palabra que cobra en su caso una intensa y múltiple significación) envuelta en el crepitar de los pelotones de ejecución. «Usted, amigo Unamuno, desciende en línea recta de aquellos esforzados y tenaces vascones, que jamás quisieron sufrir ancas de nadie; que lucharon contra los romanos, y sólo se sometieron a ellos por fórmula; que no vieron hollado su suelo por la planta de los árabes; que están todavía con el fusil al hombro para defenderse de las libertades modernas, que ellos toman por cosa de farándula... Yo, en cambio, he nacido en la ciudad más cruzada de España, en un pueblo que antes de ser español fue moro, romano y fenicio. Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano, y me hago por necesidad solidario de todas las atrocidades y aun crímenes que los invasores cometieron en nuestro territorio.» He aquí el pensamiento que Arroyo asume *à la lettre*, que plasma en imagen, mediante un hecho físico: